

*Laudatio del Prof. Dr. Tomás Bañuelos Ramón con motivo
de la investidura como Doctor "Honoris Causa" del Excmo
Sr. Antonio López García*

26 de enero de 2018

Rector, autoridades, amigas y amigos... queridos y queridas compañeras.

Hace tiempo que la Universidad Complutense debía este honor al artista, pintor y escultor D. Antonio López García. Esta propuesta ha estado en nuestro anhelo desde hace años, y hoy, por fin, la veremos materializada.

Este curso, en el que se cumplen 50 años que la Escuela de Bellas Artes de San Fernando se separó de la Academia de Bellas Artes de la calle Alcalá 13, para incorporarse al campus de la Universidad Complutense de Madrid. Nada mejor para conmemorar este hecho que proponer Doctor Honoris Causa por nuestra Universidad, a un alumno brillante de aquella Escuela, hoy un reconocido artista en todo el mundo.

La Decana, Elena Blanch, ha confiado en mí para llevar a cabo la responsabilidad de narrar esta pequeña reflexión laudatoria. Seguro que otros compañeros hubieran podido bordar este papel. ¡Cuánta gente me ha dicho, a sabiendas de mi amistad contigo!: "Tomás, sabes que yo muero por Antonio López..." ¡Y es verdad, yo ahora también estoy medio muerto! "De miedo escénico, claro," Pero vale la pena por el enorme cariño, admiración y respeto que muchos te tenemos.

La determinación de encargarme estas líneas se apoyaba en mi relación con los escultores del realismo, y más concretamente con los artistas Francisco López, Julio López Hernández y -por supuesto- con Antonio López. Han sido muchas las veces en las que he tenido la oportunidad de aliarme con sus tesis, en distintos foros con su presencia y sin ella.

El realismo, una corriente artística que hoy está en auge, y, en contra de lo que algunos piensan, no siempre estuvo de moda, y aún a pesar de ello siempre fueron sus principales valedores junto con María Moreno, Isabel Quintanilla, Amalia Avia, Carmen Laffón y Esperanza Parada.

Su obra, con sus diferencias; su compromiso, incluso sus discrepancias en los distintos aspectos del arte y de la vida, no solamente ha sido una enseñanza más para unos pocos, sino que también constituye un legado para futuras generaciones de artistas.

He colaborado con ellos en muchos de sus trabajos, sobre todo aquellos de gran formato donde se exigía un importante despliegue de medios técnicos. La experiencia de la que me siento más orgulloso, es la de haber compartido con Francisco, Julio y Antonio la realización de las esculturas de los Reyes Eméritos D.

Juan Carlos y Dña. Sofía, hoy instaladas en el Museo Patio Herreriano de Arte Contemporáneo Español en Valladolid. El aprendizaje que supuso para mí asistir a diario viéndoles trabajar, debatir, dialogar y discutir -por qué no- sobre tantas cuestiones. Apreciar a pie de obra la enorme generosidad para ceder de uno, sin menoscabo de los otros, con el único propósito de que de la mano de todos surgiera una única manera de modelar.

No me quisiera extender demasiado con detalles sobre los honores, exposiciones y premios conseguidos por Antonio López cualquiera puede encontrarlos en la red, pues Antonio tiene todas las menciones más importantes que en el área de las artes se pueden otorgar en España, incluido el Premio Velázquez y el Príncipe de Asturias de las Artes, junto a otros tantos fuera de nuestro país, su obra está presente en algunos de los museos y colecciones más importantes de Europa, Asia y América, y por supuesto, en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Antonio ha protagonizado la película “El sol del Membrillo” de Víctor Erice, considerada mejor película de la década de los 90, y ha sido destacado en documentales, libros, entrevistas y textos. Los menos frecuentes son aquellos que aluden a su personalidad, de manera cercana, lejos de clichés estereotipados en un personaje tan popular como extraordinario.

Es una persona austera, que guarda una cálida sonrisa que comparte con el amigo hasta provocar la carcajada, un ser humano transparente en lo cotidiano. Para los amigos siempre fue “Antoñito”, apelativo que asumió porque mientras él tenía 14 años sus amigos, Lucio Muñoz y Julio López Hernández tenían siete y seis más, y en esa edad se nota mucho. Mientras él era casi un niño ellos eran casi unos hombres. Pero sobre todo él lo aceptó por respeto y consideración a su mentor, su tío, el pintor Antonio López Torres. Esa relación con sus compañeros está ampliamente relatada en numerosas biografías y se constata en la última exposición de los “Realistas de Madrid” en el Museo Thyssen Bornemisza.

¿Cómo es Antonio?

Os contaré como lo conocí. Yo era un estudiante de los últimos cursos del antiguo plan de estudios de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, allá por los años 81, 82 y en ese fervor de la formación en estado puro, nuestros gustos un día iban con Gordillo, o Bacon y al día siguiente con Giacometti, Oteiza, Rodin, Miguel Ángel, Fidias... La historia del arte la doblábamos como un mapa de viajes, ¡a nuestro antojo!, y caminábamos por ella como seres sensibles, pero vulnerables.

En el verano del 81 tuve la suerte de trabajar en un proyecto con Francisco López Hernández y la pintora Isabel Quintanilla, en el Museo de Arte Romano de Mérida. Los dos nos dejaron durante el pasado año 2017, Paco, así le llamábamos, a primeros de año, y Maribel casi al final. Se fueron juntos, como juntos vivieron, por lo que quiero aprovechar esta ocasión para transmitir desde aquí mi emotivo recuerdo.

Junto a ellos en ese corto paseo por la vida conocí a Antonio López, primero oyéndoles hablar de él, de escultura y pintura, de Italia, de Roma, de cine, y de aquel amigo de Paco que hizo de Jesucristo en la película de Pasolini, hablaban tanto de Rafa y Dioni, sus compañeros de Beca, hasta que un día descubrí que era Rafael Moneo; día a día iba acoplando aquellos apelativos a figuras relevantes del arte y la

cultura, ya fuera porque se hablara de arte o de artistas. Era rara la conversación en la que no saliera su mejor amigo: “Antoñito”.

Tendría que pasar un año construyendo un mito, hasta que un día, en otro proyecto con “Paco,” llego al estudio un joven de cuarenta y pocos años con gabardina, llevaba un bolso y un maletín de pintor en bandolera y una bolsa en cada mano, inmediatamente sacó una tartera con helado que compartí con ellos escuchando sus recuerdos. Maribel, que a veces nos ponía música, casi siempre flamenco, con unos discos muy antiguos, nos sorprendió aquel día con uno especial para Antonio, y una vez lo escuchamos, Antonio, con la sinceridad que le caracteriza, confesó no gustarle demasiado, sin embargo, le pidió a Maribel que lo pusiera otra vez, y así hasta tres veces, tantas como repetimos helado.

Siempre le ha gustado visitarlos, fueron muchas las ocasiones en las que Antonio se pasaba tanto por el estudio de Paco como por el de Julio, y siempre se desprendía una generosa y cálida armonía en la que se derrochaba un cariño recíproco, y ya fueran a verle a él, o que él acudiera de visita, siempre se respiraba la misma cordialidad.

Así fue también como conocí su estudio. En todos ellos aprendí que trabajar no es producir, sino amar tu profesión sobre todas las cosas. Dibujar, modelar, pintar, disfrutar del silencio, apreciar todos sus registros, descubrir el respeto por el arte y los artistas, conocer y experimentar el oficio tan distinto de lo que a veces se cree.

También era normal la visita de Antonio a la Facultad, ¡siempre lo ha hecho!, pues él, que ama el proceso de aprender, no ha dejado de hacerlo nunca, tanto que una vez nos pidió si era posible trabajar en la clase como uno más, modelando los mismos ejercicios que los estudiantes.

La primera vez, fue mientras pintaba el cuadro de *La Familia Real*. Fueron dos años, venía con Mari, la pintora María Moreno, su compañera. Se pusieron, uno al lado del otro a modelar, copiando un yeso, dos cabezas réplicas del Templo de Zeus en Olimpia, una cada uno. Su presencia fue, si se me permite la expresión, “un auténtico lujo”, una experiencia que los alumnos de entonces y yo, no olvidaremos jamás. Las terminó Antonio, a Mari le resultaba cada vez más complicado venir desde casa, él lo hacía desde El Palacio Real. Puedo asegurar que a veces venía sin comer por la ilusión que le despertaba aquella vivencia. Lo tuvo que dejar un tiempo, muy a su pesar, para retomarlos un año después. Otros dos años para modelar otras dos cabezas. Siempre que su agenda se lo ha permitido, ha continuado viniendo a modelar otras cosas, y os puedo asegurar que nunca ha ejercido de Maestro, con la máxima discreción, parece un alumno más.

Miguel Delibes dejaba escritas estas palabras: “¿qué admirar más en Antonio? ¿Su persona o su obra? Su bondad, la modestia Machadiana de su aliño indumentario, su humildad creadora, su absorbente profesionalidad, el afán de apartarse, de desplazar sobre otros su valía” estas palabras de un hombre de talento y sensibilidad, como el autor de *Los santos inocentes*, definen mejor que nadie la personalidad de Antonio López.

Aborda su obra con el mismo rigor que el científico o el investigador. Cada cuadro, cada escultura, cada dibujo emprendido, es un proyecto de investigación más. Como

él mismo ha dicho muchas veces: “no basta con pintar bien”. Antonio pinta como un escultor y esculpe como un pintor. En cualquiera de sus grandes paisajes atiende a parámetros propios de un ingeniero, el análisis del escultor que indaga sobre la forma, con una precisión en el valor luz como si manejara un fotómetro, fluyendo el color como en la naturaleza misma.

La medida es su gran aliada. Aquello que dejaría a cualquier artista lastrado de por vida por exceso de celo en la precisión, él lo ha incorporado con naturalidad, como un ingrediente más en su proceso creativo. Observando la superficie de sus cuadros, bien podría entenderse esta como un auténtico lenguaje abstracto, plagado de pinceladas, cotas, y números, que solo él entiende, y que responden a unos códigos secretos, que parecen representar una especie de mapa cósmico; pero a la distancia adecuada, esa en la que te conectas con el sublime arte, aquello que solo es mera realidad se trasforma en belleza, fruto de su talento innato que ha sabido enriquecer con los años.

¡Así es, Antonio López!

¡Muchas gracias!